

# LA GALLEGA DE HOY

P o r W . F E R N A N D E Z F L O R E Z

**L**A verdad es que, puesto a hablar de la tierra donde nació, cualquier hombre dice de ella que produce los mejores soldados y las más hermosas mujeres; y el que de mí se solicite ahora que escriba unas cuartillas acerca de las gallegas, siendo gallego yo, hará pensar que imitaré las normas generales y volcaré el depósito de los adjetivos a que en estos casos se acude. No habría, entonces, más que un medio aparente de garantizar mi imparcialidad: que yo dejase de ser gallego.

Pero resulta que si el autor de estas líneas no fuese gallego, las garantías de sinceridad y de exactitud disminuirían considerablemente, porque ni mis fuentes de conocimiento tendrían tanta abundancia, ni mis observaciones poseerían la misma extensión, ni mi capacidad para interpretar rasgos, tipos y fenómenos alcanzaría el nivel de que, en verdad, puede hacer gala quien, como yo, está tan identificado con su raza. En muchas ocasiones, he leído crónicas garrapeadas acerca de la mujer gallega, y he conocido, en la novela y en el teatro, personajes absurdos a los que se atribuía tal sexo y tal origen. En la mayor parte de los casos pensé que si la idiotex no fuese una exigencia, el inventor de aquellos monstruos debía ser entregado al fiscal por el delito de calumniar a su patria en las personas de quienes pueblan un trozo del territorio español al que aman y dan tanto provecho y tanto honor como los que moran en cualquier otra región de la Península.

Suponen frecuentemente tales individuos que, mientras la mujer del campo andaluz representa el amor espiritualizado, el clavel brotando del moño y el aumento de la ignición del sol cuando el astro rey la mira, la mujer del agro gallego es pintiparada para esquematizar en un escenario o en un libro la estolidex, la suiedad y el manejo de un dialecto que consiste en pronunciar toda o como u. Total, un ser que tiene una frontera con las personas y otra con las vacas. Bien sé, naturalmente, que ésta es una opinión inimportante, reducida a un número de escribidores ignaros. Pero, aun así, irrita.

Que todas las mujeres se parecen fundamentalmente y que todas tienen un positivo influjo en la sociedad, son afirmaciones peregrinadas. Los matices de su parecido y de su influjo son los que constituyen la riqueza de su psicología. Así, en este examen, podemos elevar a la plataforma de las diferencias uno de los caracteres comunes en cuanto lo expresamos así: «Todas las mujeres ejercen un positivo influjo en la sociedad; sólo que los gallegos lo sabemos y lo admitimos, y casi todos los demás hombres creen que no, o lo reputan inconveniente.»

De una manera ya tácita, ya explícita, la mujer gallega interviene en lo hondo de la vida de su país con el beneplácito, con la aquiescencia de sus conciudadanos. Sin duda fué el viejo espiritualismo celta el que creó o, a lo menos, favoreció este emplazamiento de la mujer, que, sea como sea, se sostiene al través de los siglos y de las circunstancias. Pese a la general repugnancia de incluir mujeres en el sacerdocio, Prisciliano cosechó entre las gallegas apóstoles tan denodados, que algunas alcanzaron a llevar hasta el Asia Menor sus heréticas predicaciones. En las regueifas, después que un mozo ha cantado su epigrama o su madrigal, es una rapaza la que improvisa para contestarle, y muchas veces, muchísimas veces, con mayor ingenio y delicadeza. Los políticos del antiguo régimen pedían el voto a los aldeanos por fórmula, pero sólo besaban sus cálculos en las promesas que conseguían de las amas de casa... y en los pucherazos, claro está. González-Besada dedicó frases conmovedoramente exactas a las que él denominó «viudas de vivos», que no eran otras que las mujeres de los emigrantes, que en Galicia quedaban trabajando como varones la pobre y escasa tierra, educando los hijos en el amor al agro, en el respeto a la autoridad paterna y en esa honradex que ni sus mayores detractores niegan al pueblo del Noroeste español. Y cuando llegaba algo del dinero que el expatriado conseguía ganar, ninguna administración era más cuidadosa y reverente que la de aquellas campesinas, incapaces de distraer ni unos reales de los llegados de Ultramar en reponer su pañuelo de colorines o los zuecos, que ya dejaban pasar el agua de las veredas.

No creo que exista en otro tan pequeño país tal abundancia y tanta excelencia de meritorias mujeres. En la poesía, la cimerá Rosalía de Castro. En la crítica y la novela, la condesa de Pardo Bazán. La gran penalista Concepción Arenal. Y el valor heroico de María Pita, que rechazó el ataque de los ingleses a La Coruña. Y la santa caridad de Juana de Vega. Y en el canto, las hermanas Nieto. Y... hasta para competir con la producción de bellas frívolas, una aldehuela no muy lejana de Santiago regaló a París y al mundo—por cierto, sin ufanarse de ella—a la impresionante Carolina Otero.

La mujer del campo no rehuye las más rudas labores. La mujer del litoral iguala en valor a los más bravos marineros. Recuérdese a aquellas de la isla de Sálvora, que conmovieron a España lanzándose, como únicos tripulantes de una lancha, en socorro de las vidas que un temporal espantoso quería devorar.

¿Y la mujer de la ciudad? Las ciudades de la costa gallega tienen fronteras con las naciones más cultas de Europa. Un labriego del septentrion coruñés describía así su finca para efectos de registro: «Linda al este con el prado de X; al oeste, con la carretera de Z; al norte, con Inglaterra, mar por medio...» Y este lindar con Inglaterra, y con Francia, y con Escandinavia, y con América, concluyó por dar un cierto matiz de cosmopolitismo—sin perjuicio de su naturalidad—a las muchachas gallegas. Ya estaban oreadas por aires de afuera su educación y sus costumbres cuando aun en las provincias del corazón de España no se conocían ciertos usos y modas que ahora se han extendido sobre toda la piel de toro. Y no se trató, ciertamente, de las más atrevidas, sino de las más refinadas.

Un sentido casi popular de la elegancia, que puede encontrarse entre las modistillas de El Ferrol, de La Coruña, de Vigo; un aturdidor enjambre de caras bonitas, y en esas caras, ojos de tanta belleza y variedad como puede haber en las gemas del cofre de un lapidario.

Y un devoto espíritu cristiano (¡oh, santuarios esparcidos por la región tan abundantemente como en ninguna otra!).

Y ternura.

He aquí la condición que yo escribiría en la primera línea. La ternura, una gran ternura. Eso que es la nata y la esencia del amor y que vive más que el amor, y que cura o palia cuantos dolores pueden afligir nuestras almas. Una ternura que obligó a la lengua gallega a adoptar una suavidad especial para poder expresarla, y un acento también especial, y una riqueza de diminutivos que en otro idioma sería intolerable.

¡La ternura de la mujer gallega...! Si no tuviera otro don, bastaría ese para su gloria.